



SUMARIO

I. Noche Buena. — II. A Dios, soneto. — III. El entierro del hijo de un pobre. — IV. La entrada en el gran mundo. — V. Últimas abjuraciones. — VI. Iconología cristiana y universal. — VII. Índice de las materias que contiene el tomo V.

NOCHE BUENA

ESTAMOS en los días que preceden al que el mundo católico consagra la mayor de sus festividades.

Por todas partes se oyen los ecos de los instrumentos musicales rústicos con que los niños celebran la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo.

Alegres y satisfechos, muestran las orlas que han llevado á sus padres del colegio, hechas con la ayuda del maestro, que en cambio á sus desvelos pedagógicos, recibirá como regalo de Pascuas un pavo viroloso, un gallo ronco de tanto cantar... de hambre, ó unos embutidos y una caja de perada de las de 75 céntimos, que en principios de economía doméstica, tratándose del respetable representante del Magisterio, son los españoles los principales economistas del mundo.

Hay quien, en estos días, descubre más que Pitágoras.

Pues de tres y dos, que siempre han sido cinco, le resultan doce.

Esto necesita una explicación.

Cuenta con él, su mujer, dos chiquitines y la criada; pero vienen á cenar con ellos los padres de la señora, tres cuñadas, una soltera y dos casadas, con sus correspondientes esposos, y la criada de uno de los dos matrimonios que está más desahogado.

Como se aumenta el gasto, resulta un déficit que enjuga el empeño de una alhaja.

Por aquí ya la Noche Buena de esta familia tiene un tinte de noche mala.

Mientras que el niño rico coloca sobre un peñasco grandioso, comprado por sus papás, figuritas de barro, y destroza tambores (y con su ruido el tímpano auditivo de los que le escuchan) y desperdicia dulces, frutas y juguetes...

El niño pobre sueña con un *belén* magnífico en el horizonte de sus pensamientos, ve un árbol de Navidad, desgarrarse al peso de mil

golosinas que, al despertar, se quedan reducidas á poco y mal cascajo y á contentarse con admirar los nacimientos de corcho que exhiben los que se dedican á la venta de ellos en la plaza de Santa Cruz.

Para estos niños ¡ay amigo lector! qué noche tan mala es la Noche Buena de los demás.

¡Cuánto padece el niño pobre!

El llanto le ahoga.

Él no tiene *belén*, como los niños ricos, ni tambor; ni rabel, ni cena opípara, ni acaso ¡oh Dios, qué desconsuelo! pan suficiente para aplacar el hambre.

Porque no lo dudéis, aun en esa noche, que la mayor parte del mundo creyente hace un paréntesis en esta vida de dolor y se permite un despilfarro, hay también quien se duerme aterido de frío y... de necesidad.

Cuántos niños también no pueden compartir su miseria con su madre, ese sér querido del alma por encontrarse aquélla enferma en un hospital; cuántos otros saborean un rancho oficial, mal condimentado, desheredados, huérfanos de padres y de cariño, de simpatías, de

todo, menos de sufrimiento y de clausura, en un hospicio ó una inclusa.

El día de la Natividad se acerca.

En la noche de él, acordáos, queriditos lectores, de esos niños de que os he hablado, y estimar en lo que vale vuestro bienestar, de que otros están tan lejos, tan lejos, que no se aproximarán nunca á esa felicidad relativa de la vida, y para conservarla, emplead vuestras riquezas en lo necesario, y lo que habéis de gastar en lo supérfluo, empleadlo en socorrer á esos niños que, aislados de todos, devoran en silencio sus penas, penas horribles que laceran el tierno corazón de esos pequeños seres que nacen en la desgracia.

No os olvidéis de ellos.

Yo os lo ruego en nombre de la caridad.

Dios bendecirá desde el cielo todo el bien que hagáis á esos infortunados, y os lo agradecerá esa parte de la familia humana que padece.

JOSÉ NOVI Y PEREDA.

Á DIOS

SONETO

A Tí, Señor, Dios santo rey del cielo,
Hoy consagro el acento de mi lira,
Por Tí mi corazón tierno suspira
Henchido de placer y grato anhelo.

Tú eres fuente perenne de consuelo,
Supremo Juez que el universo admira,
Ambiente celestial que el justo aspira
En la tétrica vida de este suelo.

Yo alabo sin cesar el poderío
Que en tu brazo sublime se atesora,
Y á Tí mi pensamiento siempre guío...

No desoigas la voz del que te implora,
Pues solamente en tu bondad confío,
Y á Tí mi sér sin vacilar adora.

ESTANISLAO BUENO Y GARCÍA.

EL ENTIERRO DEL HIJO

DE UN POBRE



El grabado que acompaña al número de hoy de nuestra humilde publicación, presenta el entierro del hijo de un pobre, á quien otros niños, pobres también, conducen y acompañan al Camposanto para darle sepultura.

El padre va detrás, meditabundo, la muerte de su hijo es una esperanza desvanecida que había concebido de verle desarrollarse, crecer y heredar su honradez, único legado que podía dejarle en el mundo, como bendición, al exhalar el último suspiro.

Todos sus proyectos caen al faltarlos la base en que los hacía, calculando que su hijo viviera; ya no pensará en el ahorro ó para librar de la quinta el día que la dura ley del servicio militar llamara á su hijo á servir con las armas al Gobierno; la economía, esa aplicación moderada de los intereses que empieza en muchas

ocasiones en una modesta suma y llega con el tiempo á constituir una fortuna, y una fortuna es para los pobres, el total en metálico para la redención del quinto; no le importa, su hijo ha muerto... ya han muerto para él todas las cosas.

¡Pobre padre!

Mucho puede en estos casos la resignación de un alma templada y fuerte para las luchas de la vida; pero hay padres que sufren muchas adversidades de esta clase y sucumben al dolor, porque *gutta caban lapiden*.

MANUEL LOPEZ CALVO.

LA ENTRADA EN EL GRAN MUNDO

Las reuniones. — Los bailes

por

EL ABATE BAUTAIN



Me anunciáis, señora, que el próximo invierno váis á presentar á vuestra hija en sociedad y deseáis consultarme lo que deberéis hacer ó evitar para preservar este alma pura en momentos críticos que pueden tener tanta influencia sobre toda su vida.

Me preocupa hace tiempo este momento, por ella y por vos, y sin embargo, veo que no hay medio de retardarlo.

Sofía tiene diez y seis años y si carece de vocación para consagrarse al servicio de Dios, es preciso pensar en establecerla. Vuestro esposo tiene razón en amonestaros para que tomeis un partido, tanto más cuanto que vuestra hija no siente afición por el mundo, deberá aprender á conocerlo con todos sus encantos y sus peligros, para evitar más tarde los pesares ó desengaños que halle, sabiendo perfectamente lo que deja, y entregándose á Dios con la conciencia formada y en plena libertad.

Sin embargo, aunque esta prueba me parece conveniente, no por eso dejo de estar menos inquieto al verla llegar. ¡Dios sólo sabe cómo saldrá de ella! Vuestra pobre Sofía va á entrar en un mundo desconocido, en que no es posible calcular todos los accidentes ni prever todos los riesgos. Ciertamente preferiría mil veces, pudieseis prolongar vuestra vida campestre retirada y sin cambiar de sistema hasta su casamiento, que sería la continuación de su vida de familia. De este modo, haría á su vez lo que hizo su madre, ocuparse esencialmente de su marido, de sus hijos y del cuidado de su casa. Pero váis á trasladaros á la ciudad sin desearlo.

Parece que los asuntos de vuestro marido lo reclaman y tal vez el deseo secreto de colocar á su hija ventajosamente lo lleva allí. Sé que conocéis aquel terreno en que habéis vivido tantos años. ¡Ay! yo también lo conozco y lo conozco bien, pues nacido y educado en París, he vivido allí mucho tiempo en sociedad, antes de tomar las órdenes sagradas. Puedo, pues, hablaros por mi propia experiencia.

Consideremos en conjunto lo que váis á hacer presentando á vuestra hija. Qué sistema os veréis obligada á seguir, para esperar el fin propuesto, y las consecuencias que resultaran para ella y para vos de emplear necesariamente ciertos medios.

Examinaremos las pruebas, las tentaciones, los combates que esta joven deberá resistir bajo vuestra dirección; yo trataré de indicaros los medios de salir lo mejor posible, sea presentándoos poco en el campo de batalla, conduciándoos prudentemente y con gran vigilancia, sea defendiéndoos valerosamente de los ataques por una virtud sólida y una sincera piedad.

Iré directamente al fin, para abreviar la cuestión y exponeros con más claridad lo que tengo obligación de deciros. Puesto que me pedís consejos, deseáis conocer la verdad tal como la veo, y puesto que me la pedís por interés espiritual de vuestra hija, como ministro de Aquél que es la verdad misma, debo decir la sin duda, con la sencillez de la caridad, pero sin quebrantar la severidad que pueda seros útil. De otra manera, mi contestación sería tan vana como vuestra consulta, y nuestras palabras se las llevaría el viento. Váis á presentar este invierno á vuestra hija en sociedad. Esto quiere decir que váis á presentarla para tratar de casarla.

Es muy natural, pues no la pretenderán sino la conocen y es preciso procurar que la conozcan, sin embargo, aunque esto sea natural y razonable, yo desearía que no lo fuera y que una jovencita pudiera establecerse sin salir de su círculo ordinario y conservando los hábitos de sencillez, de inocencia y de paz interior. Me parece que la flor que acaba de abrirse permanecería más fresca y olorosa, si no se la expusiese á los ardores del sol y á las sacudidas de los vientos, se conserva mejor y más pura en la soledad y á la sombra que en medio de los campos y sobre todo en la linde de los caminos donde corre riesgo de ser estropeada por los piés de los transeuntes y oscurecida por el polvo y el lodo; una jovencita de diez y seis años es verdaderamente una flor que acaba de desplegarse. Si aparece en día caluroso y con viento sofocante, ¿no hay que temer que su brillo naciente se marchite y que su perfume se desvanezca con rapidez? Se prefiere esta manera de colocar las hijas al riesgo de guardarlas mucho tiempo que proporcionaba un goce para la familia.

Hoy todo marcha al vapor, y en el deseo que las cosas vayan de prisa se emprenden y se siguen con anticipación. Se establece en la sociedad especies de exposiciones más ó menos generales, donde se invitan el mayor número de señoritas y jóvenes que es posible, con el objeto de que cada uno y cada una, viendo y dejándose ver, hallen más fácil y prontamente lo que pueda convenirles. Los salones preparados para estas reuniones, son especie de bazares matrimoniales en que se espera encontrar lo que se busca bajo las mejores condiciones.

Mas ya que váis á presentar á vuestra hija para que os la pidan, es evidente que empleeis los medios que sirven á este fin, y estos medios hélos aquí: 1.º Es preciso llevarla tan agradable á la vista como os sea posible, á fin de que atraiga las miradas y obtenga la preferencia; esmero en los adornos y todo cuanto contribuya á hacerla agradable. 2.º Es necesario colocarla en los sitios que pueda ser vista y tenga más lucimiento, llevarla á todas partes

en que la gente elegante concurra á reuniones de sociedad, y sobre todo á bailes, teatros y paseos públicos.

Váis á estar casi exclusivamente ocupada en el cuidado de adornar á vuestra hija para que guste, y naturalmente, al mismo tiempo que la compongáis por fuera, la enseñéis, en cuanto de vos dependa, todos los recursos de la inteligencia, de la palabra y aun del corazón, para que atraiga más poderosamente á sus admiradores, le inspiréis buen gusto, tal vez afición al tocador, y lo que es más todavía, al arte de la coquetería.

Sé muy bien que en el mundo no se mira de cerca, y que todo esto se hace como por él mismo y sin darle nombre. Es un hábito adquirido, un camino que parece indispensable, una cosa admitida y que no llama la atención. La costumbre y la moda, ciegan la conciencia ó lo enmudece y las señoras que practican mejor, es decir, con más éxito este manejo, figuran como las más hábiles y sobre todo como las mejores madres.

Pero comparado lo que váis á tratar bajo este concepto, con lo que habéis hecho hasta ahora en soledad tan agradable para preservar á vuestra hija de esos defectos, é inspirarle, por el contrario, gusto á la sencillez y á la honestidad. Váis á contradeciros de todo vuestro pasado, y vuestras recomendaciones de ahora, tendrán que destruir las anteriores. Deciais vos á vuestra hija antes de presentarla en sociedad; nada conviene más á una jovencita que adornos modestos y no te ocuparás de tu tocador sino para ponerte elegante y decente; sobre todo no uses afectación, ni lujo, ni cosas extraordinarias; la gracia es preferible á los más ricos adornos, y justamente en el momento de poner en práctica estas hermosas máximas de otro tiempo, variáis de principio y le enseñáis lo que anteriormente prohibíais; no puede cantarse una palidonia más completa. ¿No es de temer que el segundo método simpatice más con la joven que el primero, y las inspiraciones y consejos de la madre adquieran pronto una viva afición y un tacto esquisito para el adorno y todo lo que propenda á embellecerla? Os exponéis á hacerla idólatra de su cuerpo, idólatra de su belleza, pues es hermosa, en efecto, y no siéndolo fundaríais, ó por lo ménos aumentaríais en ella una cruel ilusión que la haría hacer el ridículo á los ojos del mundo y le proporcionaría no pocos sinsabores y penas.

Además, ¿sabéis á donde conduce el gusto desenfrenado en los adornos, el esmero inmoderado en el vestir, la ambición de estar mejor prendida ó ser más hermosa que las demás?

A una necia admiración de sí propia, á una chocante presunción de su esterilidad que no le permita sino ocuparse del cuerpo, de lo que le da mayor galanura, haciéndolo un ídolo en el que adoran y al cual pretenden que las demás rindan homenaje. Esta preocupación incesante de la belleza del cuerpo, es en detrimento de la inteligencia y del corazón. Una mujer que no piensa más que en el tocador y ama ante todo la compostura, tiene su imaginación en los sentidos y su corazón en la cabeza.

Después de la ruina del alma y de la inteli-

gencia, viene la de la fortuna. Hoy, sobre todo, el tocador de la mujer por las exageradas proporciones que ha tomado, y el excesivo lujo que despliega, es horriblemente dispendioso; y si á los gastos ordinarios que una señora exige se añade la emulación y la rivalidad, será causa de un desastre ó de desavenencias en la familia. Quiero creer que Sofia, conservando parte de sus sencillos gustos de otro tiempo, no cometería excesos. Pero nada sabemos con certeza y como la exponéis á la tentación, ¿quién os dice que no sucumbirá en la prueba y que triunfará su libertad, especialmente si su propia madre la precipita? Bastante propensas son naturalmente las jóvenes para que necesiten le fomenten esta inclinación.

Aún no lo he dicho todo.

Al hacer su entrada en el mundo, desciende, por decirlo así, á un terreno en que encontrará concurrentes, rivales, ya que no enemigas, todas las que le precedieron ó llegan al mismo tiempo. Ellas evidentemente buscan la misma cosa, se dirigen á un mismo fin y desean conseguir igual ó parecido premio. Todas, en una palabra, para hablar claramente, buscan marido y se esfuerzan en agradar y complacer para hallarlo y conseguirlo. Habrá, pues, lucha en los medios de fascinar, lucha por consiguiente en los adornos y recursos de la coquetería, habrá luchas incesantes y se emplearán toda clase de armas, permitidas en estos casos para vencer. Victorias y derrotas, triunfos y dolores, cólera, despecho, envidia, celos, resentimientos, venganzas y otras pequeñas pasiones que se vierten, y todo porque no es la más hermosa ó por lo ménos la más atendida, buscada ó preferida.

¡Oh! querida señora, me abochorno de escribir todas estas cosas, que se remueven en el fondo del corazón de la mujer, sin casi darse cuenta de ella, y sin osar confesarse á ellas mismas, y mucho ménos á las demás. Ved ahí de repente las jovencitas que eran antes de hacer su entrada en sociedad, sencillas, modestas y bienhechoras, porque eran inocentes, y puras, no pidiendo nada al mundo que desconocían, ni buscando, sino complacer á Dios, á sus padres, á sus amigos; y desde el momento que emprenden la ardiente carrera de la sociedad, llenas de rivalidad, de tristeza, aspirando á un premio que aparentemente se rehusa de muchos modos, pero cuyo brillo las anima; vedlas amaneradas, pretenciosas, engalanadas, no buscando más que agradar á los hombres por cuantos medios sugiere la inteligencia y sobre todo el corazón. Celosas unas de otras, criticándose recíprocamente, y rebajándose por elevarse sobre sus rivales y eclipsarlas. Lo que acabo de decir, querida señora, pues debo hablaros con toda franqueza aun á riesgo de disgustaros, es que vistiendo á vuestra hija para que brille en sociedad de la manera que os acabo de indicar y encuentre una buena colocación, la exponéis á las tentaciones más peligrosas, y en continua ocasión de pecar, en fin, contribuís por vuestra parte á excitar y á alimentar en su corazón las pasiones que degradan á la mujer y arruinan á las familias.

Las grandes reuniones, y sobre todo los bai-

les, exigen grandes gastos en el tocador y en los adornos de todas clases, pues son días señalados en que es necesario presentarse con todo el lucimiento posible. ¡Ay! ¡Sabéis hasta qué punto llaman la atención las mujeres, y si no fuese más que llamar la atención! Pero con la clase de baile admitido en el día en la buena sociedad, á ejemplo de la mala, se dejan llevar de tal modo, que no comprendo haya nada que pueda ya escandalizar su pudor. Vos sabréis que soy muy tolerante respecto al baile; á mi juicio es un ejercicio del cuerpo como otro cualquiera, y contribuyé más que ninguno á darle gracia y desenvoltura. La juventud necesita movimiento para ser físicamente provechoso sin perjudicarla moralmente, debe ser comedido, cadencioso y sostenido siempre por la decencia y el buen orden. En una palabra, en él como en todo y más que en todo, el hombre no debe entregarse á las goces de la sensualidad. Si no le es posible contener ciertas impresiones que experimenta, sobre todo la juventud, por la atracción de los dos sexos, y es preciso dejar transcurrir tiempo y conocerse y tratarse con objeto de unirse y crear lazos de familia, estas impresiones deben ser contenidas por respeto de una parte, por pudor de la otra, y por consiguiente, el placer que se experimente en el baile, debe ser todo lo más inocente y digno.

Lo que yo veía en mi infancia; y sin embargo, acabábamos de pasar por una revolución que había arrollado todas las leyes divinas y humanas. Los gobiernos revolucionarios que se sucedieron, el directorio entre otros, no se desdaban de establecer las buenas costumbres y respetar la decencia pública. La diosa Razon representada casi desnuda sobre el altar, y las mujeres más hermosas y más célebres del mundo se vestían á la griega como los Sayos y los Frinios, tan apasionados éramos en todo á la libertad de los griegos. Fué un escándalo, una vergüenza para un pueblo cristiano, y sin embargo, vos debéis acordaros, que en nuestros primeros años, bajo el imperio que ciertamente no se le acusará de gazmoñería, los bailes de sociedad eran siempre comedidos, los walses estaban prohibidos y una madre de familia jamás hubiera permitido entonces á su hija ese modo de bailar, que tantos desórdenes nos ha traído.

Los bailes de aquel tiempo se llamaban contradanzas, componiéndose de figuras que se encadenaban con más ó ménos gracia y jamás los que tomaban parte se tocaban sino las puntas de los dedos, procurando hacerlo con suma delicadeza á fin de que hubiera el menor contacto posible.

Podíase, pues, divertirse con honestidad y sin gran riesgo; puesto que se paseaba decentemente con orden y gravedad, ó por lo ménos, la regularidad de la figura conservaba á cada uno en su sitio é impedía la confusión y las inconveniencias. Había, entre otras, esta ventaja, que para tomar parte en una contradanza era preciso saber bailar, de ahí el tener que aprender, con lo cual, también se aprendía á conducirse con soltura y elegancia, dando al mismo tiempo al cuerpo vigor y gracia. En fin, era posible á una madre observar á su hija y

principalmente á los compañeros de baile en medio de los salones, podía acercarse y escuchar las conversaciones, y por consiguiente continuarlas ó cortarlas oportunamente. Todo esto en nada nos impedía divertirnos tanto como ahora, que se prescinde de las molestias de estas fórmulas que no nos incomodaban sino para nuestro bien.

Nos divertíamos aún mejor, porque nuestro placer era inocente, y en realidad, no hay verdaderos placeres, sino los que no reprueba la conciencia ni degradan. Había en nuestros goces menos sensualidad y más poesía. La imaginación tomaba más parte que los sentidos. Éramos mas románticos y ménos positivistas, es decir, que poseíamos más espíritu y animación en nuestras diversiones, y por lo ideal que lo hacíamos aspirando á algo más elevado que á sensaciones físicas, nos complacíamos con amores y goces más delicados.

Todo esto lo he visto cambiar y ¡y cosa singular! La invasión armada de los extranjeros es la que ha producido en Francia esta clase de revolución moral. No saben el mal que nos han hecho en este concepto. Antes de 1814 reinaba la más estricta decencia en los bailes de Francia. El vals no estaba permitido, excepto en los bailes públicos, y aun en éstos, sólo había un vals por tres ó cuatro contradanzas. Todo se arreglaba con orden, donosura y dignidad, y una madre de familia podía sin gran riesgo llevar al baile á su hija y vigilarla.

Hoy día todo es distinto; no se baila ya casi contradanza, y se walsa y se dan vueltas de un modo ó de otro sin cesar; las cuadrillas, las figuras, los encadenados graciosos están casi olvidados porque incomodan, obligan á miramientos, exigen compostura y no se quieren ya molestias; además, se necesitaba aprenderlas para saberlas, y sobre todo para ejecutarlas y esto costaría trabajo. Tampoco se baila, ya se anda y se anda mal, se salta y con frecuencia sin compostura, se corre, se galopa, se tropieza unos con otros, en esta agitación desordenada, en esta carrera precipitada, en este galope desarreglado, en este vértigo de vueltas, el caballero abraza á su pareja, le estrecha la cintura y la aproxima á su pecho hasta que las respiraciones se confunden y no se deja espacio entre ambos para el ramo de flores blancas que en otro tiempo adornaban el cinturón de las jóvenes.

Han tenido que renunciar á él, porque se marchitaba y quedaba estropeado al primer baile. ¡Triste y evidente símbolo de lo que sucede á la flor de su inocencia desde que participa de peligrosos placeres!

Me detengo, señora, por no oscurecer mi imaginación con recuerdos de todo lo que he visto en los bailes de este modo pervertidos y cuando tomaba parte en ellos. El mundo se paga de palabras, de cosas aceptadas, de ilusiones y vive de contradicciones. Una familia emplea como vos diez y seis años en educar cristianamente á una hija: ¡cuánta solicitud, cuántos cuidados y precauciones para conservar la pureza de su cuerpo y de su alma! Es una delicada flor que se abriga y defiende en todos sentidos, con todos los recursos de la

religión, de la moral y de la instrucción. ¡Qué desgracia verla manchada con la menor falta, con el más leve indicio del mal! Una palabra inconveniente ó indiscreta le hace asomar el color á su rostro, y un proceder algo libre la desconcierta, la llena de confusión. En fin, se le guarda entre cristales para asegurar la integridad de su desarrollo y resguardarla de cuanto pudiera marchitarla. Pero después, llegada la época de introducirla en sociedad, según se dice, desaparece todo este pedestal, todos estos velos, todas estas barreras, todas estas precauciones. Preséntase en público este gran día, lo mejor que se puede, en medio del resplandor y bullicio de las fiestas mundanas y en fin, para colmo de inconveniencias y locuras, la que se sonrojaba con solo la presencia de un joven y se cortaba de oír una broma ligera, la arrojan en brazos del primero que llega ¿qué digo? entre los brazos de una docena de hombres, y por lo general ¡qué hombres! durante toda la noche. Estos hombres entre los cuales hay tantos libertinos ó por lo menos, cuya mayor parte no buscan en el baile sino un placer sensual, la rodean con sus brazos, la estrechan contra su pecho, la conducen en sus movimientos desordenados, la cansan con sus vueltas, hacen latir su corazón, hasta físicamente, por la unión de su agitación, comunicándole por el contacto la fiebre y el desórden en sus sentidos, y en fin, fascinándola por una mirada penetrante y desvergonzada que clavan en su pecho, hiriéndole hasta el corazón, con el fuego impuro de su voluptuosidad que apagará tal vez, ó por lo menos oscurecerá y manchará la llama del amor inocente y virginal que había conservado hasta entonces. Ved ahí la realidad, señora, la triste realidad en medio de esas brillantes ilusiones del mundo en que vais á introducir el candor y la inexperiencia de vuestra hija para ser tal vez seducida ó encadenada como tantas otras. Pero noto que esta carta es demasiado larga y sin embargo tengo aún que señalaros otros peligros que vuestra amada hija va á encontrar al hacer su entrada en el gran mundo. Os lo expondré en la próxima carta, y os diré lo que, á mi juicio, podéis hacer en vuestra situación si no para evitarlos completamente, al menos, para atravesarlos con menos daño, y vos sacarais de ella lo mejor ó el menos mal posible.

« Nos parecen tan oportunas como aplicables á nuestra España las reflexiones que hace el autor, que no hemos titubeado en traducir esta carta. »

ÚLTIMAS ABJURACIONES

¡ Voy á morir ! Prenda del alma mía,
Este el centón de mis quimeras es;
Leed, leed, y de la gloria impía
De tanto error abjuraré después.

EL HIJO (*leyendo*).

« Cuna de rosas, al nacer, hallamos. »

EL PADRE.

¡ Mentira ! Abrojos al nacer nos dan.

EL HIJO.

« Rosas, la vida al comenzar, hallamos. »

EL PADRE.

¡ Falso ! Los piés por entre abrojos van.
¡ Voy á morir ! Las bárbaras memorias
Que el fin amargan de mis horas ved :
¡ Cúmulo abyecto de entrañables glorias !
Leed, por Dios, y escarmentad ; leed.

EL HIJO.

« Su vida el hombre de ilusiones puebla. »

EL PADRE.

¡ Ay ! Necio error á la ilusión llamad.

EL HIJO.

« Huye la edad de la razón cual niebla. »

EL PADRE.

¡ Horror ! ¡ Pasad, horas sin fin, ¡ pasad !
¡ Voy á morir ! De nuestra vida escasa,
Pasa en engaños la primer mitad ;
La otra mitad en desengaños pasa :
¡ Nunca olvidéis esta cruel verdad !

EL HIJO.

« ¡ Triste es dejar del mundo la presencia ! »

EL PADRE.

¡ Mundo, os doy ledo mi postrer adios !

EL HIJO.

« Perece el bienestar con la existencia. »

EL PADRE.

¡ Muerte, del hombre el bienestar, sois vos !

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

Sin comentarios, porque huelgan y sobran, reproducimos á continuación lo que dice *La Correspondencia*:

Anoche fué muy comentada la siguiente noticia de *La Epoca*:

« A fin de aumentar los recursos para la construcción del templo de la Almudena, la junta de señoras, que recibió de S. M. la reina encargo de allegar fondos con tal objeto, hizo poner cepillos en varios casinos y sociedades madrileños.

Hace poco quisieron las señoras saber lo que se había recogido en estos cepillos, y mandaron abrir los colocados en dos sociedades de recreo importantes.

El mayordomo de una de las señoras de la junta abrió el cepillo de una de las sociedades encontrando dentro unos treinta duros... Era algo.

Luego fué á abrir el cepillo de la sociedad más inmediata, de la sociedad donde hay tantos socios ricos... No encerraba ni piezas de perro, ni pesetas, ni duros como el cepillo de más abajo. Sólo en un rinconcito había una moneda de *dos céntimos*.

La poderosa sociedad no había contribuido á la construcción de las obras del templo, ni siquiera con un perro chico, lo que se da á un pobre.

Un socio tuvo curiosidad de saber quién era el alma caritativa del círculo, y se propuso hacer averiguaciones.

Sospechó primero de un político que tiene una gran renta, y al que se le vió una noche acercarse al cepillo.

Pero fué sólo para leer lo que decía el letrado, pedir á un criado cambio de un billete de 1.000 pesetas y volver á jugar.

Alguien atribuyó el donativo á un joven que está en todas partes y derrocha su capital con las mujeres. Pero este confesó francamente que la idea de contribuir á una obra caritativa no le había pasado por la imaginación.



EL ENTIERRO DEL HIJO DE UN POBRE.

Nuestro amigo se dirigió á uno de los criados de la sociedad.

— ¿Tiene el señorito mucho empeño en saber quién ha echado los dos céntimos en el cepillo? —le dijo el criado.

— Muchísimo.

— Pues yo lo sé.

— Dímelo al punto.

— Es que me da vergüenza.

— ¿Y tú qué tienes que ver?

— Pues bien, señorito, he sido yo.»

¡Oh, cómo se extingue el espíritu católico de España!

ICONOLOGÍA CRISTIANA Y UNIVERSAL

POR

D. BASILIO SEBASTIÁN CASTELLANOS

(Continuación.)

DE LAS DEMÁS IMÁGENES DE LA ESCRITURA, Y DE LOS CABALLOS Y MULAS

Suele pintarse á *Joab* en el acto aquel en que se dice en el libro II de los reyes, cap. XX, versículo 22: *Los cuales* (los moradores de la ciudad de Abela), *arrojaron á Joab la cabeza cortada de Seba, hija de Bocho, y él tocó la trompeta, y se apartaron de la ciudad*; y si haciéndolo como dice el Sagrado Texto, cumplen como deben, no así en pintar á Joab en

un arrogante caballo, absurdo grande, puesto que Dios no aprobó, ni aun en tiempo de los primeros reyes de Israel, el uso de los caballos, á fin de que no se ensoberbeciesen, y así lo expresa el salmo 19-8 cuando dice: *Estos en carrozas, y aquéllos en caballos; pero nosotros (los israelitas) invocaremos el nombre del Señor Dios nuestro*. Nadie podrá probar se sirvieron los judíos de caballos en tiempo de su república ni de los primeros reyes; y así es que reinando Saúl, solo se describe su ejército de tropas de á pie, diciéndose en la Escritura: *Junto Saúl el pueblo y pasóles revista como si fuesen corderos: doscientos mil de á pie*. En tiempo de David solo se hacía uso de mulas y de machos, y en la misma costumbre siguieran sus hijos, constando que después de muerto Amnón, por mandato de Absalón, volvieron apresuradamente á su padre: *Levantándose todos los hijos del rey, montaron todos en sus mulas y huyeron*. En esta atención solo deben representarse caballos entre los hebreos desde el rey Salomón, que consta por la Escritura los introdujo para su mayor grandeza.

SUPLICIOS

El suplicio de Cruz, ya de un solo madero, ya de dos, fué el usado por los hebreos para quitar la vida á los criminales, y el más infame, hasta que Jesucristo le ennoblecí murien-

do en él; por lo tanto, es ignorar las costumbres de este pueblo el representar ahorcados y no crucificados, como se ha solido hacer, á los siete parientes inmediatos á Saúl, que según la Escritura entregó el rey David á los Gabaonitas, *los cuales los crucificaron en el monte delante del Señor*.

JUDIT

Debe representarse á la bella y santa *Judit* delante de *Holofernes*, conforme se indica en su libro, vers. 19 y 20, á saber: *Vió, pues, Judit á Holofernes sentado en su pabellón, que era de púrpura, y estaba entretendido de oro, esmeraldas y piedras preciosas; y habiéndole mirado, le adoró, postrándose en tierra*. Cualquier representación que en este asunto no se sujete á este texto estará falta de verdad. Los demás asuntos de la bella Judit se suelen expresar bien en lo general, y por lo tanto nos dispensa el tratarlos, razón por la que tampoco lo hacemos de los demás de la Escritura antigua.

Concluiremos repitiendo que para cuanto se le ofrezca al artista, respecto al Antiguo Testamento, debe consultar, además de la Biblia, á Fleuri, ya citado, á Dantre Bardón, también citado, donde hallará descrito y pintado cuanto pueda necesitar con bastante verdad.

TIPOGRAFIA GUTENBERG

Á CARGO DE MANUEL SALAMANQUÉS
Villalar, 5.

FIN DEL TOMO V

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO

		Páginas.
Número LXXVII. — 1.º de Enero de 1882		
El año viejo y el año nuevo, por D. José Noví y Pereda.....	1	
A un niño dormido, poesía, por D. Andrés Casado (Escolapio).....	2	
Los juguetes, por D. José Vazquez Brabo.....	2	
La instrucción, soneto, por D. R. Losada.....	3	
Indivino, <i>el niño Saguntino</i> (continuación).....	4	
Mi querido hijo Enrique, poesía, por Doña María Martí.....	4	
Las primeras caricias.....	4	
Lecciones de Geometría.....	6	
El pastor y su rebaño, fabula, por D. Ricardo Sepúlveda.....	6	
La inteligencia de los animales.....	6	
La diadema de esmeraldas.....	7	
Los eslabones de oro.....	8	
Regalo. Una lámina en cromo.		

Número LXXVIII. — 15 de Enero

La niña desaplicada, por D. José Novi y Pereda.....

Los étreñes de Maria, por Doña Ermelinda de Ormaeche.....

En el monasterio de Montserrat, poesía, por D. Ricardo Sepúlveda.....

La inteligencia de los animales (continuación), por D. Jerónimo Gallardo y de Gont.....

Mi pueblo, por D. Antonio R. García Vao.....

La aprendiz de madre.....

Los seres materiales, por D. M. Sánchez Bruil.....

Trocar los papeles, por D. Carlos María Díaz Valero.....

Los eslabones de oro (conclusion).....

La lira de los cielos.....

Regalo. Una lámina en cromó.....

Número LXXIX. — 1.º de Febrero	
La huérfana, por D. José Novi y Pereda.....	17
La voz del cielo, poesía, por Doña Ermelinda de Ormaeche.....	17
La caridad, por Doña Adela Sanchez Cantos...	18
El primer paso, poesía, por D. Ricardo Sepúl- veda.....	18
Indivino, <i>el niño Saguntino</i> (continuación)....	18
Hora suprema, por D. Victor Navarro.....	19
Lecciones de Geometría, por D. E. Gonzá- lez Sangrador.....	19
La esperanza humana, poesía, por D. Andrés Casado.....	20
Sobresalto de una madre, por D. Gregorio Barragán.....	20
Mejor es un dulce, por D. M. Osorio y Bernard.	22
El mérito, fábula, por D. Manuel López Calvo..	22
La inteligencia de los animales, por Don Jerónimo Gallardo y de Gont.....	22
La escritura, por D. Antonio Guerra y Alarcón.	23
¡Cuándo! soneto, por D. Francisco Arechavala..	24
El cura de mi pueblo.....	24
Regalo. Una lámina en cromó.	

Número LXXX. — 15 de Febrero	
La educación, por D. José Novi y Pereda.....	25
Los niños pobres, poesía, por D. Ricardo Sepúlveda.....	26
Indivino, <i>el niño Saguntino</i> (continuación).....	26
La paloma y el gavilán, poesía, por D. Manuel González Alvarez, presbítero.....	27
Los hijos del escritor, por D. Gregorio Barragán.....	27
La mariposa amarilla, poesía, por D. Federico Lafuente.....	27
Lecciones de Geometría, por D. E. González Sangrador.....	28
Dominico Theatocópoli, el sueco.....	28
El cura de mi pueblo, por D. Andrés Casado.....	30
La felicidad, poesía, por D. Julio Martínez.....	30
La muñeca, cuento, por D. Carlos María Díaz Valero.....	30
El esqueleto vivo.....	31
La actividad, por D. Manuel Lopez Calvo.....	32
Regalo. Una lámina en cromo.	

	Páginas.
Número LXXXI. — 1.º de Marzo	
La educación de la mujer , por D. José Noví y Pereda.....	33
A un arroyo , poesía, por D. Fernando de la Vera é Isla.....	34
Amor de madre , cuento, por D. Pedro Escamilla.....	34
Deus, ¿quis similis erit tibi? Poesía por D. Manuel González Alvarez.....	35
Indivino , <i>el niño Saguntino</i> (continuación).....	35
El pensamiento , poesía, por D. Julio Nombela y Campos.....	36
La pobre mendicante , por D. Gregorio Barragán.....	36
Perdonar las injurias , drama infantil y en verso, por D. Ramón Losada y Rodríguez.....	38
Regalo . Pliego de dibujos.	

Número LXXXII. — *15 de Marzo*

El niño cristiano, por D. José Novi y Pereda.
Fábula, por D. Juan Eugenio Hartzenbusch....
La ciencia para el niño, por D. R. Ginard de
la Rosa.....
La niña huérfana, poesía, por D. Ricardo Se-
púlveda.....
La fea y los dos perros, por D. Manuel Gon-
zález Alvarez.....
La sacra familia, por D. Gregorio Barragán..
Lecciones de Geometría, por D. E. Gonzá-
lez Sangrador.....
El amigo del hombre, por D. Aureliano Scholl.
Las pasiones de los niños, por D. Eduardo
Pascual y Cuéllar.....

Número LXXXIII. — 1.º de Abril

Conferencia infantil , por D. Ramiro Martínez Aparicio.....	49
La flor querida y las flores olvidadas , por Doña María Martí.....	51
La cruz en que murió Jesucristo	51
La peña y la rosa , fábula, por D. Ventura Mayorga.....	51
Costumbres cristianas , por D. G. B.....	52
A Jesús crucificado , poesía, por Doña Carmen Prat Torrás.....	52
La mora y la zarza , fábula, por D. Juan Eugenio Hartzenbusch.....	52
Los pecados capitales , por D. Cayetano Collado.....	54
A un amigo en la muerte de su hija , poesía, por D. Manuel del Palacio.....	54
El Eco , por D. M. Sánchez Bruil.....	55
El viejo labrador y el joven científico , fábula, por D. Félix de Leon y Olaya.....	55
Para los niños de los jardines de la infancia , poesía, por D. Eugenio Bartolomé.....	55
Balada , por D. Francisco Arechavala.....	55
Indivino, el niño Saguntino (continuación).....	56
Regalo . Gran lámina representando á Nuestra Señora de la Rosa, copia del cuadro que existe en el Museo Nacional de pinturas de Madrid.	

Número LXXXIV. — 15 de Abril	
Por ahí se empieza, por D. José Novi y Pedreda.....	57
Fundación del Monte de Piedad, cuento, por Doña Joaquina Balmaseda.....	58
Balada, por D. Francisco Arechavala.....	58
Los pecados capitales, por D. Cayetano Colllado.....	58
El envidioso, fábula, por D. Juan Eugenio Hartzenbusch.....	59
¡Hossanna! soneto, por D. Andrés Casado....	59
El nieto y el abuelo, poesía, por D. Ventura Mayorga.....	59
Niños y flores, por D. Gregorio Barragán.....	60
Explicación del regalo del número.....	60
El mejor tesoro, por Doña Angela Grassi.....	62
Memento homo, soneto, por D. Andrés Casado.	62
Los animales, por D. Manuel González Alvarez.	63
Débil recuerdo, poesía, por Doña Adamina Garrigós.....	63

	Páginas.
Indivino , <i>el niño Saguntino</i> (continuación).....	64
Regalo . Una lámina representando á <i>Pepe</i> , socio protector.	

Número LXXXV. — 1.º de Mayo	
A los héroes del Dos de Mayo.....	65
El mes de Mayo, por D. José Novi y Pereda..	66
Balada, por D. Francisco Archavala.....	66
El mejor tesoro, por Doña Angela Grassi....	66
Angelitos al cielo! por D. Francisco Archavala.....	67
El comprador y el hortera, fábula, por Don Juan Eugenio Hartzenbusch.....	67
La niña y el clavel, poesía, por D. M. Estévez.	67
El alcalde de un pueblo.....	68
El regalo de este número.....	68
La adalia y la abeja, fábula, por D. Ventura Mayorga.....	68
Sociedad española de higiene, por el licenciado Humberto.....	68
Dos risas sublimes, por D. Andrés Casado...	70
Los pecados capitales, por D. Cayetano Col-lado.....	70
Contra soberbia humildad, poesía, por Don Pedro Antonio de la Iglesia.....	71
Consecuencias de la vanidad, por D. Diego Vidal.....	71
Luisa, poesía por D. Ricardo Sepúlveda.....	72
Indivino, el niño Saguntino (conclusión).....	72
por D. Joaquín Casañ.....	72
A María Santísima, poesía, por Doña María del Carmen de Prat.....	72
Regalo de este número. Una lámina represen-tando á Adelina, aspirante á socio honorario.	

Número LXXXVI. — 15 de Mayo	
Un recuerdo, por D. Pedro Calderón de la Barca.	73
Fin de jornada, por D. José Novi y Pereda...	74
El sol perdido, dolora, por D. Ramón de Campoamor.....	74
La virtud y el vicio, por D. Manuel González Álvarez.....	75
El hijo pródigo, por D. Gregorio Barragán....	76
El regalo de este número.....	76
Los pecados capitales, por D. Cayetano Collado.....	78
Piedad, Dios mío, por D. Francisco Arechavala.	78
En un hospicio, por D. Diego Vidal.....	79
El látigo, fábula, por D. Juan Eugenio Hartzenbusch.....	79
El huracán y el céfiro, por D. Ventura Mayorga.....	80
Sociedad española de higiene.....	80
¡Madre mía! por D. Francisco de Arechavala...	80
Enciclopedia infantil.....	80
Regalo de este número. Colección de planas pautadas.	

Número LXXXVII. — 1. ^o de Junio	
Leer y escribir, por D. José Novi y Pereda...	81
A S. A. R. la Princesa de Asturias.....	82
Aparición celeste, poesía, por D. Ventura Ruiz Aguilera.....	82
El eclipse del día 17 de Mayo, por Doña Blanca Luna.....	82
Esopo y el borrico, fábula, por D. Juan Eugé- nio Hartzenbusch.....	83
El cometa Vell, por D. Jacinto Blasco del Valle.	83
Las inclusiones.....	84
El regalo de este número.....	84
El lagarto y ola cigüeña, fábula, por D. Alfon- so Enrique Ollero.....	84
Notabilidad artística.....	86
El baile de niños, poesía por D. Eusebio Blasco.	86
El trapero de Madrid, fábula, por D. Alfonso Ollero.....	87
Congreso pedagógico, por D. Bienvenido Maestro.....	87
Regalo de este número, wals brillante para piano, por D. Ignacio Carrillo.	

Número LXXXVIII. — 15 de Junio

	Páginas.
Las cuatro estaciones, por D. José Novi y Pereda.....	89
Al abuelo, poesía, por D. Ventura Ruiz Aguilera.	90
El congreso pedagógico, conferencia por Don Emilio Castelar.....	91
La pulga y el microscopio, fábula, por Don Alfonso Enrique Ollero.....	92
D. Miguel de Cervantes Saavedra, por D. Gregorio Barragán.....	92
La festividad del Corpus.....	94
La casa sin chimientos, poesía, por D. Ricardo Sepúlveda.....	94
El avaro, por Doña Adela Sánchez Cantos.....	94
La caridad, por D. Manuel Prieto y Prieto.....	95
Los pecados capitales, por D. Cayetano Collado.....	95

Número LXXXIX. — 1.º de Julio

Albareda, por D. José Novi y Pereda.....	98
El sueño de un loco, poesía, por O. R. A....	98
La golondrina, por D. Pedro Escamilla.....	99
Balada, por D. F. A.....	99
Explicación del grabado, por D. Doroteo Alemán.....	100
El regalo de este número.....	100
El globo roto, poesía, por D. Francisco Arechavala.....	100
El trabajo, por D. Joaquín García Gamiz-Soldado.	100
Mosáico, por D. Vicente D. Bordanova.....	102
La flojera y la vid, fábula, por D. Ventura Mayorga.....	102
La muerte del alma, por D. Manuel Prieto y Prieto.....	103
La imprenta y la pluma, fábula, por D. Alfonso E. Ollero.....	103
Los pecados capitales, por D. Cayetano Collado.....	103
La patria, por D. Ventura Ruiz Aguilera.....	104
Regalo de este número. Cuadro sinóptico de la Gramática.	

Número XC. — 15 de Julio

Más sobre la educación, por D. José Novi y Pereda.....	105
La peonza y la perinola, fábula, por D. Juan Eugenio Hartzenbusch.....	106
Preceptiva de la fábula, por D. Manuel González Álvarez.....	106
El que inventó la pólvora, por D. F.....	107
La perdis desechada, fábula, por D. Alfonso E. Ollero.....	107
Explicación del grabado, por D. Vicente D. Bordanova.....	108
El vaso de agua, fábula, por D. Ventura Mayorga.....	108
Alejandro, por X.....	110
A la Virgen María, poesía, por D. Ventura Ruiz Aguilera.....	110
Los programas, por D. José Brabo y Díaz....	111
Porvenir de las almas, por D. Ramón de Campoamor.....	111
Higiene de las escuelas.....	112
El Ángel dormido, por D. P. Puerta.....	112

Número XCI. — 1.º de Agosto

Misiones en África, por D. José Novi y Pereda.....	113
Un paisaje, poesía, por D. Francisco Arechavala.....	114
El corazón, por D. José Selgas.....	114
Recuerdos de Galileo, poesía, por D. Ventura Ruiz Aguilera.....	115
Los baños de Ledesma, por D. P. Gimeno.	115
Proximidad del bien, poesía, por D. Ramón de Campoamor.....	116
Explicación del grabado, por D. Vicente D. y Bordanova.....	116
A la Religión, poesía, por D. Federico Alejos Pita.....	116
El Manzanares y el Jarama, por Meléndez.	118
Los premios de la Emperatriz, por Don Juan Eugenio Hartzenbusch.....	118
La máquina de sumar, por D. Santos Martí.	119
Plegaria, por D. V. D. B.....	119
A la memoria de mi madre, por D. Doroteo Alemán.....	119
El palacio y la cabaña, por D. Manuel González Álvarez.....	119
Ministerio de Fomento. Real Orden.....	120

Número XCII. — 15 de Agosto

Homenaje á Froebel, por D. José Novi y Pereda.....	121
----------------------------------------------------	-----

Un recuerdo á mi padre, por D. Vicente D. Bordanova.....	122
Epístola á mi madre, por D. Ramón de Campoamor.....	123
Los deberes de los niños, por Doña Carmen Pinero de Blas.....	123
El mendigo, poesía, por D. B.....	124
Explicación del grabado, por D. Doroteo Alemán.....	124
El regalo de este número.....	124
Madre é hija, poesía, por D. J. Nombela.....	124
El oro y la escoria, cuento, por D. Pedro Escamilla.....	126
La dalia y la rosa, fábula, por Jaime Cigliano.	128
El Duero y el mar, por D. Manuel González Álvarez.....	128
Regalo de este número. Una lámina representando al niño que hace burla al maestro, entusiasmado con la lectura de los clásicos.	

Número XCIII. — 1.º de Setiembre

La murmuración, por D. José Novi y Pereda.	129
Los dos niños, por D. Doroteo Alemán.....	130
Las dos grandezas, poesía, por D. Ramón de Campoamor.....	131
Un consejo, por D. Víctor Navarro.....	131
Explicación del grabado, por D. Vicente D. Bordanova.....	132
La voz de las criaturas, poesía, por D. Manuel González Álvarez.....	132
La felicidad en el trabajo, por D. Pedro Escamilla.....	134
Antiguo testamento, poesía, por D. José Antonio de la Iglesia.....	135

Número XCIV. — 15 de Setiembre

La infancia abandonada, por D. José Novi y Pereda.....	137
Los dos naufragos, por D. Manuel González Álvarez.....	138
Los dos cetros, poesía, por D. Ramón de Campoamor.....	138
Cuento, por D. José Gil Dorregaray.....	139
Explicación del grabado, por D. Vicente D. Bordanova.....	140
El regalo de este número, por D. Doroteo Alemán.....	140
Lo peor, poesía, por D. Ventura Ruiz Aguilera..	142
El pelicano, por D. V. J. Bastús.....	142
Mar y cielo, poesía, por D. Francisco Arechavala.....	142
Bibliografía, por Z.....	143
Antiguo testamento (continuación), por Don José Antonio García de la Iglesia.....	143
La fuente y la palmera, apólogo, por D. Ventura Mayorga.....	144
Regalo de este número. Una lámina representando dos niños aficionados á las bellas artes que estropean un lienzo.	

Número XCV. — 1.º de Octubre

Más sobre la instrucción popular, por Don José Novi y Pereda.....	145
La esperanza, poesía, por Doña Concepción Palacios.....	146
¿Por qué el Rey de España es llamado por sobrenombre muy católico? por D. Basilio Sebastián Castellanos.....	146
Los pichones inocentes, fábula, por D. Manuel González Álvarez.....	147
A. S. M. la Reina, por D. M. de Larra y Ossorio.....	147
Explicación del grabado, por D. Vicente D. Bordanova.....	148
Muertos que viven, por D. Ramón de Campoamor.....	148
El agua, por D. Joaquín Casañ.....	148
Antiguo testamento, por D. José Antonio García de la Iglesia.....	150
Cartas á una niña, por D. A. Carrasco Álvarez.....	151
Epigrama, por D. B. Avilés.....	152
Regalo de este número. Una lámina representando un niño entusiasta de Miguel Angel que hace pedazos un busto.	

Número XCVI. — 15 de Octubre

Un paralelo, por D. José Novi y Pereda.....	153
El otoño, poesía, por D. Ventura Ruiz Aguilera.	154
Reyes de España amantes de las letras, por D. Basilio Sebastián Castellanos.....	154
A Santa Teresa de Jesús en su Centenario, sonetos, por D. Timoteo Domingo Palacios.	155
San Agustín, por X.....	155
La ambición, por D. Ramón de Campoamor...	156

Pensamientos de Santa Teresa.....	156
El regalo de este número, por D. Doroteo Alemán.....	156
La caída, fábula, por D. Alvaro Ortiz.....	158
Episodios bíblicos, por D. Vicente D. Bordanova.....	158
La merced y el agradecimiento, poesía, por D. Manuel González Álvarez.....	159
Las edades, por D. Faustino Jouve.....	160
Regalo de este número. Una lámina representando un niño admirador de la música que produce más ruido él solo tocando un contrabajo, que todas las bandas de la guarnición.	

Número XCVII. — 1.º de Noviembre

¡Paso á los muertos! por D. José Novi y Pereda.....	161
¿Quién dudará de Dios? poesía, por Doña Carmen Pinero de Blas.....	162
Episodios bíblicos, por D. Vicente D. Bordanova.....	162
El laurel, poesía, por D. Ventura Ruiz Aguilera.	164
La base de la familia, por D. Carlos María Díaz Valero.....	164
La Virgen blanca, poesía, por D. Francisco Arechavala.....	164
Consejos, poesía, por D. Manuel López Calvo...	164
A España, poesía, por D. Félix de Leon y Olalla.	166
Las edades, por D. Faustino Jouve.....	167
El médico y el rey, fábula, por D. Ventura Mayorga.....	168
La verdad y las mentiras, por D. Ramón de Campoamor.....	168
A Meléndez Valdés, soneto, por D. Manuel González Álvarez.....	168
Iconología cristiana y universal, por Don Basilio Sebastián Castellanos.....	168

Número XCVIII. — 15 de Noviembre

La limosna del rico, por D. José Novi y Pereda.....	169
El ejemplo, por D. Antonio Guerra y Alarcón..	169
La fé y la razón, poesía, por D. Ramón de Campoamor.....	170
Episodios bíblicos, por D. Vicente D. Bordanova.....	171
Explicación del grabado, por D. Manuel López Calvo.....	172
Santa Teresa de Jesús, por D. Andrés Cásado.....	172
Carta á una niña, por D. A. Carrasco y Álvarez.....	174
El ruiseñor, poesía, por D. Manuel González Álvarez.....	175
Combate y victoria, poesía, por D. Ventura Ruiz Aguilera.....	176
Iconología cristiana y universal, por Don Basilio Sebastián Castellanos.....	176
Regalo de este número. Bielsa, polka aragonesa para piano por uno de la tierra.	

Número XCIX. — 1.º de Diciembre

La limosna del pobre por D. José Novi y Pereda.....	177
La caridad, poesía, por D. Félix de Leon.....	178
Historia de la escritura, por D. Leopoldo Delgrás.....	178
Botón de rosa, poesía, por D. Eugenio R. Escalera.....	179
El Bautizo, por D. Manuel López Calvo.....	179
Necrología.....	179
Los resplandores del espíritu, por el doctor D. Manuel de Tolosa y Latour.....	179
A la concepción de la Virgen, poesía, por D. José Casafont y Fornell.....	183
Loable costumbre, por D. Eugenio Manori y Erans.....	184
Los dos talentos, poesía, por D. Eugenio Manori.....	184

Número C. — 15 de Diciembre.

Noche buena, por D. José Novi y Pereda.....	185
A Dios, soneto, por D. Estanislao Bueno y García.....	186
El entierro del hijo de un pobre, por Don Manuel López Calvo.....	186
La entrada en el gran mundo, por el abate Bautín.....	186
Suelto.....	188
¡Últimas abjuraciones!.....	188
Iconología, por D. Basilio Sebastián Castellanos.	190
Índice general.....	191
Regalo, magnífica cubierta en cromo de nueve colores.	